

# De la calle a las ondas: de cómo el fútbol en catalán conquistó la radio

Joaquim M. Puyal

- *Una evocación, en primera persona, del marco y las condiciones en las que se produjo la primera transmisión de fútbol en catalán tras el franquismo. Las reflexiones que lo acompañan nos acercan a distintas consideraciones, tanto desde la óptica del emisor de mensajes como desde la del receptor. ¿Existen razones que justifiquen la implicación partidista del narrador? También vamos a encontrarnos con algunas observaciones sobre el país, el periodismo, las características de las transmisiones radiofónicas y la evolución del fútbol, articuladas con un contrapunto crítico que le resulta inevitable al autor. De telón de fondo, las personas, la lengua y nuestro tejido comunicativo.*

## Palabras clave

Recuperación sociocultural, lenguaje de especialización, identificación, subjetividad, músculo comunicativo, retórica, relato futbolístico, derechos del receptor, discurso radiofónico, el negocio del fútbol, lengua catalana.

En 1968, transmití, por la antena de Radio Barcelona, el primer partido de fútbol de mi vida. Me dio esa oportunidad el director Manuel Tarín Iglesias.<sup>1</sup> Lo hice en lengua española, en ese momento la única que podía acceder en Cataluña a la plataforma mediática. De todos es conocido que, entonces, por radio debía hablarse en castellano, pero cabe recordar que, a pesar de la acción obstinada del franquismo, la lengua catalana estaba absolutamente viva en nuestro país. Podía oírse, a menudo, entre los alumnos que jugaban en los patios de las escuelas (en las clases, no), era la lengua vehicular en muchos barrios de nuestras ciudades y la utilizaban las amas de casa y las campesinas en los puestos de la plaza. El castellano, en cambio, era claramente minoritario como primera lengua de los nacidos en Barcelona. Era, también, la lengua de los inmigrantes que habían llegado a Cataluña en distintos momentos del siglo XX (aragoneses, gallegos, murcianos y andaluces, entre otros, habían conformado masivas oleadas migratorias). Muchos de ellos fueron aprendiendo catalán. Sin leyes, normas... ni escuelas (las que había, ¡estaban hechas para el castellano!). Lo aprendían con la lógica naturalidad de quien quiere establecerse en un territorio que tiene una lengua propia diferente a la suya. En general, el contacto con los catalanes (para mucha gente de aquí, *catalán* y *catalanohablante* eran conceptos percibidos como casi coincidentes) y la observación de su habla en el día a día eran suficiente bagaje para que muchos de los que tenían la voluntad de aprender catalán osaran ya empezar a hablarlo. Lo hacían porque les resultaba útil como valor de

---

Joaquim M. Puyal

Comunicador y narrador de partidos de fútbol

1 Manuel Tarín Iglesias (Barcelona, 1919-2007), director de Radio Barcelona desde 1963 hasta 1973. Intentó mantener la personalidad de "la emisora decana" ante la generalización progresiva de los programas en cadena. Es el fundador de los premios Ondas.

oportunidad, como herramienta de interrelación social, de promoción personal, profesional o comercial y sobre todo, claro está, como elemento de integración. Hablar catalán era una forma de ir dejando de ser un recién llegado. Como poner nombres catalanes a sus hijos.

Al término de la dictadura, cuando tras ocho años de mi primera transmisión se divisaba un nuevo horizonte colectivo, decidí hacer un cambio profesional. El arraigo de la lengua catalana en distintas capas del tejido social de Cataluña al que me he referido, me hizo creer –sin consignas de nadie, ni estrategias políticas ni dictámenes técnicos– que incorporarla a la producción de mensajes de masas podría ser, aparte de una modesta contribución a la recuperación sociocultural del país, un buen modo de ganarme la vida. Para alcanzar el objetivo era preciso, claro está, medir bien las propias capacidades y tratar de hacer un primer paso seguro. El fútbol era, por su popularidad, un reclamo potente y el Barça, como veremos a continuación, reunía un interés socialmente transversal. Desde el primer momento pensé en hacer una producción “ganadora”: debíamos consolidarla no por la cuota sentimental/testimonial de la lengua que la articulaba, sino por la capacidad que tuviéramos de liderar el mercado. (Este principio lo he aplicado, tanto en radio como en televisión, y me ha dado siempre buenos resultados). La gente te escucha –o te ve– si lo haces bien y si lo que haces gusta. En base a ello, en ningún momento se me pasó por la cabeza pedir una subvención ni buscar otro cobijo que los propios de una actividad profesional. Por fortuna, la dirección de Radio Barcelona se comprometió y los compañeros me ayudaron (muy especialmente Jordi Mir en el apartado lingüístico). Pero el factor decisivo fue el patrocinio de “la Caixa”, porque, claro está, nosotros no podíamos proponer a la empre-

sa un proyecto que acabara resultando deficitario. Así pues, debíamos encontrar a un patrocinador con el que poder afrontar los costes de producción. Debía estar dispuesto a implicarse en una iniciativa insólita (para muchos, era una aventura) que no tenía precedentes comparables (quedaban muy lejos las transmisiones de Joaquim Ventalló<sup>2</sup> de antes de la guerra) ni ofrecía las garantías habituales. Trabajábamos en la SER, una empresa del sector privado sita en Madrid con una actividad consolidada en castellano y líder en el conjunto del mercado español. El lector comprenderá que, sin el mecenazgo –era más eso que una acción propiamente publicitaria– de “la Caixa”, nuestro proyecto no habría llegado ni a la esquina. Por eso siempre le he estado agradecido.

El Fútbol Club Barcelona es un instrumento poderosísimo de agrupamiento colectivo: “Tant se val d’on venim si del sud o del nord, ara estem d’acord, una bandera ens agermana” (1974).<sup>3</sup> Adaptando el título del libro de Paco Candel *Els altres catalans* (1964)<sup>4</sup> referido a los nuevos “catalanes de adopción”, podríamos decir que muchos de los recién llegados que en esa época se hicieron seguidores del Barça pasaron a ser “los otros barcelonistas”. Así pues, por primera vez en la historia, de una forma masiva, gente no nacida en Cataluña se integraba colectivamente en el tejido social de aquel club de fútbol que Narcís de Carreras ya había definido como “más que un club” (1968)<sup>5</sup> por su dimensión sociológica y testimonial. He ahí, pues, un cambio trascendente que experimentó la entidad en la tipología de los asociados y seguidores. Nuestra transmisión ha tenido –y tiene– ese hecho presente. Yo mismo, como productor del discurso, acostumbro a utilizar referencias y guiños, de esos que me gusta vayan salpicando de forma no forzada el relato, dirigidos a un amplio abanico de oyentes que

2 Joaquim Ventalló Vergés (Terrassa, 1899 - Barcelona, 1996), periodista, escritor, publicista y político durante la República. Se le considera autor de la primera transmisión de un partido de fútbol en lengua catalana, por la antena de Ràdio Associació de Catalunya. Fue director de *L'Opinió* y *La Rambla*.

3 Letra del “Cant del Barça”, de Josep Maria Espinàs y Jaume Picas. Se estrenó el 27 de noviembre de 1974, durante las celebraciones del 75º aniversario del club. La música fue compuesta por Manuel Valls Gorina.

4 CANDEL, F. *Els altres catalans*. Barcelona: Edicions 62, 1ª edición, 1964, 366 pág.

5 Narcís de Carreras (La Bisbal de l'Empordà, 1905 - Barcelona, 1991), presidente del F. C. Barcelona, pronunció esta frase en el discurso de toma de posesión del cargo el 17 de enero de 1968.

incorpore, claro está, a los que no son catalanohablantes. Quiero que también ellos se sientan invocados. (Hace poco, durante el programa, recibimos un correo electrónico desde el Maresme de un emigrado *amazigh*). Se puede hablar de aquello que nos es común o que nos interesa a todos sin dejar de constatar singularidades ni de respetar todas las diferencias. Que los medios donde trabajamos tengan una lengua vehicular (la que sea) no debería hacer inviable ese objetivo. Debería favorecerlo en beneficio de todos. (Aparte de todo eso, si no lo hiciéramos así, seguramente perderíamos cuota referencial y posiciones en el mercado). En el caso del Barça, es tan cierto como paradójico que el club, al mismo tiempo que integraba a aficionados de fuera, fortalecía la imagen de institución catalana y se ofrecía como instrumento reivindicativo nacional a la vista del declive del tardofranquismo. La directiva de Agustí Montal Costa (hijo del ex-presidente Agustí Montal Galobart),<sup>6</sup> muy próxima a la figura de Jordi Pujol y afín a su corriente política, destacó más en ese objetivo, gracias a la importante actividad de los ejecutivos Jaume Rosell y Joan Granados (que, por cierto, también me ayudaron facilitándome el acceso a los archivos del F. C. Barcelona), que a los resultados deportivos que, en general, fueron discretamente satisfactorios en esa época. Ellos provocaron en el estadio actuaciones testimoniales y movimientos colectivos difíciles de imaginar en ningún otro lugar del país. Procuraban, eso sí, no llegar a generar disturbios como los que los estudiantes de la Universitat de Barcelona solían hacer entonces. En el viejo edificio de dicha universidad, yo estudié Filología Española y, durante dos años, a principios de los setenta, fui profesor de la Facultad de Letras. Por razones administrativo-académicas, tuve que presentar una tesis de licenciatura que dediqué a la terminología futbolística en castellano.<sup>7</sup> (Ese trabajo, a pesar de ser muy discreto, me sirvió de fondo de referencia para realizar, con

la colaboración del profesor Alfred Badia,<sup>8</sup> una primera aproximación a nuestro lenguaje de especialización en catalán).<sup>9</sup> Entonces ya llevaba años trabajando, también con contratos renovables, en Radio Barcelona, en donde, dejándome arrastrar por mi pasión por la lengua y la comunicación de masas, ante la imposibilidad de ejercer a conciencia el periodismo en general y dada la amenaza de la censura, me especialicé en las transmisiones deportivas. En ese ámbito había más autonomía, aunque determinadas élites intelectuales de la época teorizaban en torno a una supuesta relación de complicidad entre dictadura y fútbol, entendido como una especie “de opio del pueblo”. Los artículos de Manuel Vázquez Montalbán hicieron el contrapunto más oportuno.

### **De la implicación emocional a la distancia narrativa**

A principios de los años setenta yo trabajaba en muchos espacios de deportes de la cadena SER, “naturalmente”, en castellano. A mí me gusta la lengua española y siempre he procurado hablarla tan bien como he podido. Entonces, cuando participaba como corresponsal en programas que, dirigidos y producidos desde Madrid, me requerían la visión que podíamos tener desde Barcelona de un determinado hecho o noticia, yo no me privaba de explicar las singularidades o de evidenciar las diferencias vistas desde “nuestro” marco referencial y el propio universo simbólico. Al amparo de nuestra tradición sociocultural, admito que me sentía depositario de una responsabilidad testimonial que me obligaba –y, a su vez, me permitía– a poner de relieve una genuina sensibilidad propia de nuestro país. Eso lo hacía tanto para que mis oyentes catalanes se vieran reflejados en la visión del discurso y la pudieran reconocer co-

6 Agustí Montal Galobart (Barcelona, 1904-1964), presidente del F. C. Barcelona, impulsó la entidad hasta consolidarla notablemente a lo largo de seis años de mandato. Bajo su presidencia, se formó el equipo popularmente conocido como el Barça de las Cinco Copas.

7 PUYAL ORTIGA, J. M. “Terminología futbolística”, memoria de licenciatura. Inédito mecanografiado. Universitat de Barcelona, 1972.

8 Alfred Badia Gabarró (Barcelona, 1912-1994), traductor, ensayista, poeta y profesor de lengua catalana.

9 PUYAL ORTIGA, J. M.; BADIA I GABARRÓ, A. “Vocabulari del futbol”. [Barcelona]: Inédito mecanografiado, 1976.

lectivamente como propia, como para hacer divulgación al resto de la audiencia, en general instalada en la españolidad uniformadora. Cabe decir que me era posible hacerlo –y muy fácil– porque “sólo” hablábamos de fútbol. Cuando en *Hora 25*<sup>10</sup> José M<sup>a</sup> García me decía “hoy ha vuelto a perder **su** Barça, doctor Puyal,” no me incomodaba la asociación que hacía entre el club y yo (lo que me enojaba era que perdieran a menudo, ¡eso sí!), pero no tanto porque fuera un fanático culé, sino por todo lo positivo que la identificación conllevaba. (La moda de la época iba en sentido contrario. Como si los que hablábamos de fútbol, para hacer bien el trabajo, no tuviéramos que ser –selección española aparte– de ningún equipo. Visto así, ¿como nos habríamos podido aficionar?) En esa época aprendí que, en comunicación, identificarse tiene ventajas claras y, seguramente, es bueno. Sí, soy culé. La declaración me permite una visión partidista (ver las cosas desde la parte culé). Pero no me impide respetar el principio de la honrada subjetividad (describir las cosas tal y como se ofrecen ante mis ojos). Si un jugador del Barça comete un penalti, mi condición partidista me permite enfadarme, entristecerme, bajar el tono vital de la transmisión, imaginarme la rabia de los oyentes –la gran mayoría son culés como yo y los que no lo son, advertidos como están de mi identificación, ya conocen la sensibilidad de nuestro territorio comunicativo– e interpretar la pataleta de los aficionados, si quiero, en primera persona. A eso lo llamo implicación emocional. Pero eso no me autoriza a mentir. Ni siquiera a disimular. Nada de eso me dispensa de la obligación de explicar tal y como ha sido (tal y como he visto) la jugada. Debo saber ver la realidad independientemente del color de la camiseta y, si ha sido penalti, debo decirlo claramente, con pelos y señales. Aunque nos duela, no puedo permitir que al oyente le quede la duda. ¡Es penalti! A eso lo llamo distancia narrativa. El partidismo en un profesional no es la niebla que le enturbia la vista. A mí, eso me parece claro. Además, tiene otra ventaja. El receptor sólo puede saber desde qué visión

le llegan las comunicaciones si el emisor declara sus dependencias. Cuando se presenta formalmente como independiente o dice que es libre (!), cripta las ópticas (inevitables) y le niega al receptor claves básicas para la correcta comprensión del mensaje y su legítima interpretación. Es evidente que, como intermediario de la comunicación, entrenado en el oficio de ver y explicar cosas y compartir emociones con los receptores, podría simular la implicación adecuada a cada circunstancia, según quién me hiciera el encargo de describir la realidad. Ciertamente, si fuera necesario podría “emocionarme por antena” con un gol del Madrid. Y sería lícito. No digo que no lo fuese. Al fin y al cabo, si se hace bien hecho, eso debe ser el oficio. Y ésta, una imbatible posición argumental si hablamos de profesionalidad. ¿O es que todos los que tuvieron que trabajar como periodistas en radio, prensa o televisión durante el franquismo eran íntimamente partidarios de Franco? El narrador de fútbol más importante de Argentina es uruguayo.<sup>11</sup> ¿Qué debe sentir interiormente cuando transmite un Argentina-Uruguay? Un misterio. Sin embargo, ¿para los oyentes tiene importancia alguna lo que sienta por dentro si es capaz de hacer una transmisión fiel, de calidad, que los emocione y los satisfaga? Sea cuál sea la respuesta, nada invalida lo que decíamos. La razón es simple: si no quieres, no te identificas. Y listos. Nadie te obliga. Ni tampoco a “confesar” de ti mismo más identidades de las que quieras manifestar públicamente. Ahora bien, desde la posición del receptor, entendido como la gente (la única que, al fin, debería contar), creo que cuando consumimos comunicación –y todavía más cuando nos narran cosas más trascendentes que fútbol– sería útil contar con más identificaciones de los productores (y tener más identificados los modelos de producción) de los discursos. Nos iba a permitir acercarnos al “código de barras de los mensajes” y conocerlos mejor. Igual que lo hacemos con los prospectos de los medicamentos o con las etiquetas cuando compramos un alimento envasado.

10 Programa de información general de la cadena SER. El periodista de deportes José M<sup>a</sup> García alcanzó una enorme popularidad gracias al éxito de la audiencia de su sección que, desde 1972, puso de moda los contenidos de deportes a medianoche en la radio española.

11 Víctor Hugo Morales (Cardona, Uruguay, 1947), radiofonista de Uruguay que trabajó en Radio Oriental de Montevideo hasta 1981, cuando se trasladó a Argentina. Se popularizó su narración del gol de Maradona a Inglaterra durante el Mundial de Fútbol en México en 1986.

## La apuesta por el fútbol en la radio

Ya he dicho que la idea de retransmitir partidos en catalán no tuvo un origen político ni obedeció a ninguna estrategia empresarial. El jefe de Deportes, Francisco Peris<sup>12</sup> (un periodista vocacional muy vinculado a Gandia), y el jefe de Programas, Joan Castelló Rovira<sup>13</sup> (un extraordinario radiofonista, un auténtico *crack*, malogrado para el país por razones que no vienen al caso), desde el primer momento confiaron en un proyecto que se adelantaba a la retahíla de reivindicaciones que se podían vislumbrar pero que, por vanguardista, corría los riesgos propios de quien quiere abrir camino. Contaba, además, por supuesto, con la displicente indiferencia —cuando no era la burla ridiculizante— de los que consideraban el catalán un instrumento incapaz de articular mensajes de masas (quizás no es sobrero recordar que, en agosto de 1976, días antes de nuestra primera retransmisión, el presidente del Gobierno español declaró a la revista *Paris Match*<sup>14</sup> que no se podían hacer clases de química nuclear en catalán). Cuando el director de Radio Barcelona telefonó a la alta dirección de la SER en Madrid para conseguir la aprobación para las transmisiones de fútbol en catalán, su respuesta fue: “¿Ya lo entenderán?”. El desconocimiento de nuestra realidad entre el conjunto de los españoles era enorme. (En ese aspecto, después de tres décadas del fin de la dictadura, continuamos atascados en ese mismo punto). Pues bien, en ese contexto, cuando en Cataluña todas las transmisiones que se hacían del Barça eran en lengua española, nosotros hicimos la apuesta por el fútbol en catalán. Teníamos a favor todo el potencial de la lengua catalana: el conjunto de los recursos y la validez, vitalidad y funcionalidad de todo el mundo referencial,

simbólico y metafórico que una lengua es capaz de construir en un universo grupal. En contra, mis limitaciones y la inseguridad que me debilitaba. Yo no había estudiado catalán (por eso fue tan importante Mir). Para mí, era la lengua familiar y de relación con los amigos, pero nunca había tenido ni la posibilidad —ni la necesidad— de tener que utilizarla como instrumento mediático. Lo iba a hacer entonces, sin pedírmelo nadie y empujado, sobre todo, por la intuición. Quizás desde la perspectiva actual esas preocupaciones puedan parecer un poco ridículas. Quizás. Pero existían. ¿Me equivocaba al creer que el acceso de la lengua catalana a la comunicación de masas, que yo veía normal, era o debía ser normal aunque no fuera nada corriente? (Eso de ver normales cosas que no son corrientes me ha pasado más veces en la vida). Como es sabido, en ese momento (septiembre de 1976), no había emisora de radio alguna (Radio 4 empezó las emisiones en diciembre) ni de televisión (TV3 nació en 1983) que utilizara el catalán de forma habitual. Es más, ninguna voz, en el círculo del poder real, prescribía la necesidad ni reconocía la carencia de un “espacio catalán de comunicación”<sup>15</sup> (como propuso llamarlo el querido profesor Josep Gifreu cuando etiquetó ese concepto). Claro está que ese hecho no puede extrañar a nadie si tomamos en consideración que el *president* de la Generalitat seguía en el exilio...<sup>16</sup>

Por fortuna, el director de Radio Barcelona (emisora decana de la radiodifusión incorporada a la cadena SER), Manuel G. Terán, era un hombre de claras convicciones democráticas, partidario de contribuir al acceso del catalán a la antena y de ideas progresistas. Además, era un acreditado radiofonista y ya llevaba tiempo impulsando desde su responsabilidad una programación innovadora y audaz.

**12** Francisco Peris Vidal (Castelló de la Plana, 1931 - Barcelona, 2000), fue jefe de Deportes de Radio Barcelona de 1974 a 1979, desde donde formó a muchos profesionales.

**13** Joan Castelló Rovira (Castelló de la Plana, 1939 - Arenys de Munt, 2002), brillante radiofonista creador de formatos de éxito como *Noche de ronda*, *Directo*, *En punta*, *Hora 13* y *Hora 25*. Este último fue adaptado por Manuel Martín Ferrand cuando nació, en 1972, *Hora 25 en la cadena SER*.

**14** La entrevista apareció el 28 de agosto de 1976, en el número 1422.

**15** GIFREU, J.; COROMINAS, M. (ed.) *Construir l'espai català de comunicació*. Barcelona: CIC, 1991.

**16** El *president* Josep Tarradellas no volvió a Cataluña hasta el 23 de octubre de 1977.

Con la ayuda de su equipo, reunió entorno suyo, aparte de a los mejores profesionales del momento, reconocidos como figuras de la radio, a un grupo de chicos y chicas (algunos, debutantes en el oficio) que probablemente constituyó el mejor plantel de jóvenes radiofonistas que ha habido nunca en la historia: Marga Blanch, Constantino Romero, Eduard Boet, Armand Balsebre, Jordi Costa, Xavier Ubach, Josep Cuní, Àngel Casas, Fermín Bocos, Rosa Codina, Rafael Manzano, Àlex J. Botines, Maruja Torres, Jaume Figueras, Isabel Bosch, Núria Ribó, Manuel Borrell, Antonio Moñux, Alfons Quintà, Albert Viladot, Rafael Turia, Andrés Astruells, Adelina Castillejo, Pitu Abril, Àlex Martínez Roig, Manolo Bernardos, Antoni Bassas, Josep Ll. Merlos, Pere Ferreres, Lluís Canut, Santi Carreras, Isabel Gemio, Inés Ballester, Jordi Beltran, Pepe Gutiérrez, Petra M. Secanella, Manolo Oliveros, Pere Palacios, Mercè Remolí, Jordi Gonzàlez, Marisol Castillo, Pepe Navarro, Rosa Ba-dia, Jordi Hurtado, Ramon Pellicer, Josep M. Balcells, Xarli Diego...<sup>17</sup> Me sabe mal cansar al lector con esa larga lista hecha a ojo –que me perdonen los compañeros a los que injustamente he olvidado, porque seguro que me dejo a alguno–, pero me parece una espectacular relación. Sin esos nombres, no se puede hablar de la radio y la televisión de los últimos veinte o treinta años. ¿Tanto músculo comunicativo no debía ser capaz de desarrollar la suma de habilidades que atesoraba aquella gente, tan y tan joven para nuestro oficio? Mientras escribo esto, recordar esos nombres me emociona. Y me afecta doblemente al recuerdo, porque a lo largo de mi posterior vida he echado de menos, a veces, en los ambientes profesionales y de producción vinculados a menudo con las empresas públicas con las que me he relacionado, algunos de los principios, actitudes y métodos de trabajo que se observaban en aquel edificio de la emisora de la calle Casp de Barcelona, durante la llamada *transición*. También me viene a la cabeza una pregunta recurrente: si Cataluña está en el origen de tantos profesionales (en la lista anterior podemos añadir los nombres conocidos y que tenemos tan presentes de todos los compañeros que han trabajado y trabajan actualmente en

nuestros medios; claro, y todavía podríamos añadir los de todos esos otros colegas que, formados en Cataluña, se han incorporado a la producción de programas en castellano), si nuestro país ha tenido, pues, ese magnífico plantel, cómo es posible que no hayamos sabido aprovechar más y mejor el talento en favor del tejido comunicativo catalán, tan débil a día de hoy? Seguramente esa pregunta –que planteo, si debo ser sincero, con decepción e impotencia mirando de reojo a la clase política y empresarial– nos la podríamos formular en otras actividades y también en otros momentos de nuestra historia. La respuesta que se me ocurre también me duele doblemente: por la incapacidad de Cataluña para capitalizar los recursos, el conocimiento y el patrimonio en beneficio propio –a mi entender, una de las causas, aunque no la única, de la decadencia actual– pero también por la cantidad de talento que hemos tirado poniéndolo al servicio de los formatos que han llevado la programación televisiva española a estar donde está. El problema añadido, para nosotros, es que esta corriente también arrastra a nuestra producción, que se ve afectada por la distorsión que esa oferta provoca en un mercado participado por ambas.

### De locutor a comunicador

Volvamos donde estábamos. Desde el punto de vista del análisis del discurso, debo decir claramente que mis primeras narraciones en catalán seguían el modelo que se había acreditado en Cataluña en castellano. Yo no quería correr más riesgos de los inevitables y opté –sin pensármelo, porque, por otra parte, entonces tampoco tenía capacidad técnica ni experiencia para formular una propuesta alternativa– por hacer una transmisión en catalán que siguiera las pautas retóricas consolidadas en las narraciones clásicas que se estaban haciendo en Barcelona. Además, era un patrón que ya conocía de las transmisiones que estaba acostumbrado a hacer en español. Todavía deben recordar algunas de sus características los oyentes que las escuchaban. A pesar de tener un único locutor, aquella

17 FRANQUET, R. *Ràdio Barcelona: setanta anys d'història (1924-1994)*. Barcelona: Col·legi de Periodistes de Catalunya, 1994 (Colección Vaixells de Paper).

narración tenía poca implicación individual. Por ejemplo, siempre usaba la primera persona del plural en vez de utilizar, cuando pudiera parecer oportuno, la primera del singular, como suelo hacer desde ya hace tiempo. Interpreto ese hecho como una reminiscencia de los hábitos radiofónicos del franquismo. Aunque estuvieran solos en antena, los locutores empezaban diciendo “*les saludamos desde el campo de fútbol [...]*”, “*creemos que es un lanzamiento libre indirecto*”, “*deseamos una pronta recuperación al bravo centro delantero [...]*” No era un plural mayestático, era un plural institucional que representaba más la voz del orden establecido que la del pobre tipo que iba a desgañitarse durante noventa minutos, hablando a solas sin cesar. Para transmitir durante dos horas, habitualmente al aire libre, con un tono alto y marcando un buen ritmo narrativo, debe tenerse una cierta técnica y una aceptable condición física. (Por cierto, en Radio Nacional de España en Barcelona, entonces una emisora de referencia en transmisiones deportivas, habían probado durante la década de los cincuenta que hicieran la narración dos locutores: uno la primera parte y el otro la segunda. Recuerdo haber oído, en esa función, a Joan Viñas Bona<sup>18</sup> haciendo tándem con otros compañeros). Por ese plural, hablaba más la Emisora (**E**) que el emisor (**e**). La libertad expresiva del narrador estaba limitada por unos cánones que encorsetaban su ambición narrativa: en vez de ser un comunicador capaz de crear un discurso, era un locutor consciente de los límites (que quizás habían llegado a saber no totalmente conscientemente, o por intuición o deducción). Quizás nunca nadie le había llegado a decir materialmente “*haz eso y aquello, y esto o eso no lo hagas, o no lo digas*”. No era necesario. El orador radiofónico se había disciplinado en la disciplina. El de deportes, también. Aquella transmisión barcelonesa y barcelonista hasta el punto que se lo permitían era formalmente estricta. Mandaba la distancia narrativa al servicio de una estética pulcra: dicción, vocalización, entonación, prosodia, frases bien

construidas, buenas maneras, elegancia formal, ritmo más bien suave... Era muy sobria y, cuando la previsible retórica podía conducir al aburrimiento, como no había modo alguno de saber qué hacía tu equipo (transmitían indistintamente partidos del Barça, del Español y del Sabadell cuando estaba en Primera), continuabas escuchándola. Cuando yo era niño, la escuchaba fascinado con la oreja pegada a la radio. Era, eso sí, no demasiado creativa y, por lo tanto, poco arriesgada. El indicador artístico era, como mucho, tibio.

Estaba llena de lugares comunes, códigos en clave interna que se habían fijado totalmente, tópicos repetidos y pautas intocables como, por ejemplo, el canto del gol. Consistía en decir tres veces la palabra gol y, de nuevo, repetirla alargando la *o*: “*gol, gol, gol, gooooooooool del Barcelona*”. Ahora, sinceramente, no recuerdo haber oído a nadie que en esa época y aquí lo hiciera de otra forma. El relato era vagamente descriptivo, discreto (mejorable) en la valoración deportiva y no lo suficiente preciso en la translación sonora de las acciones del juego. Cabe decir que las ubicaciones de los locutores nunca han sido lo suficiente buenas –ni antes ni ahora– y la inventiva servía para cubrir las lagunas derivadas de las circunstancias adversas y también, claro está, de las limitaciones del narrador. Un hecho explicable. A diferencia de ahora, tradicionalmente, quien veía un partido no lo escuchaba también al mismo tiempo por radio. Eso permitía al locutor tomarse algunas licencias y, sin riesgo de quedar en evidencia, buscar el rentable auxilio de la fantasía. Si no había más remedio, barra libre. La descripción del gol de Zarra en Inglaterra (1950),<sup>19</sup> narrado en la estilística castellana de mediados de siglo XX, se instaló en la crónica histórica y en el imaginario español de la época sin que a nadie se le hubiera ocurrido comprobar su precisión. No era necesario. Con las narraciones de aquí, tampoco. Teniendo en cuenta las circunstancias, me parece comprensible. Se explica en ambientes profesionales el caso de un locutor

**18** Joan Viñas Bona (Girona, 1918 – Barcelona, 2002), locutor y ex-jefe de programas de Radio Nacional de España en Barcelona, se hizo muy popular como responsable de la *Campaña Benéfica*, junto con su compañero Emili Fàbregas, que hacía el papel del *senyor Dalmau*.

**19** El delantero del Athletic de Bilbao Telmo Zarraonaindía marcó un gol en el estadio de Maracanã que posibilitó el acceso de la selección española a las semifinales del Mundial de Fútbol de Brasil de 1950. Matías Prats Cañete narró ese partido.

que, forzado por una necesidad fisiológica durante la media parte de un partido, llegó de nuevo al sitio de transmisión cuando los jugadores iban a hacer el saque de centro ulterior a un gol conseguido por el equipo visitante nada más iniciarse la segunda parte. Aquel hombre pensó que el saque correspondía al inicio del segundo tiempo y transmitió el resto de partido ignorando el gol. Cierto o no, un hecho como éste habría sido perfectamente posible hasta la década de los setenta. Yo no me atrevería a acusar a ese profesional de mala praxis. En mis inicios radiofónicos (barra libre, todavía), yo experimenté la debilidad de un locutor, solo, en una cabina, transmitiendo sin sonido de retorno (habíamos llegado a trabajar con líneas microfónicas de dos hilos), sin poder contrastar nada con nadie, sin tener la confirmación que la narración está llegando correctamente a la antena, sin poder aclarar ninguna duda y que, por imperativo gremial, no puede decir al oyente que no sabe qué ha pasado o que no está seguro de quién ha hecho el gol o, sencillamente, que no ha visto nada porque se ha levantado todo el público que tenía enfrente y le han tapado la visión de la jugada. En ese momento, puedo asegurar que el auxilio de la fantasía es tan oportuno como haber descartado antes de empezar a trabajar las necesidades fisiológicas.

Dejando a un lado las imposiciones políticas que, en general, limitaban a mis antecesores, en la transmisión de partidos eran muy buenos narradores. A mí me parece que, técnicamente, tenían mejor dominio de la voz que los de ahora. Para ellos, la voz era un instrumento que era preciso tener afinado. La habían trabajado y le sabían sacar partido. La tenían bien timbrada y habían expurgado las particularidades fonéticas locales de su dicción, una condición impuesta por las normas vigentes. Muchos de ellos eran dobladores profesionales. Hoy, no conozco a ningún locutor de transmisiones que lo sea. Eso se nota. Ahora, ya hace tiempo que en Madrid, en las narraciones de los partidos, se puso de moda la costumbre de gritar (y mucho) desde el primer minuto, no modular demasiado y hablar sin cesar.

Es el salto, para entendernos, que hizo la SER del estilo de Pepe Bermejo (en la línea de Matías Prats Cañete o

Juan Martín Navas, con variantes) hacia el estilo de Héctor del Mar. Seguramente es consecuencia del deseo de incorporar la tensión narrativa de los brasileños, argentinos, chilenos, uruguayos, etc. que, en su estilo, son muy buenos. Esa tendencia empezó en el último cuarto del siglo pasado y fue arrinconando ese modelo de transmisión que yo asocio a las voces de Miguel Ángel Valdivieso, Enrique Fernández, José Félix Pons, Juan Antonio Fernández Abajo, Joan Lluch, Agustín Rodríguez, Pedro Ruiz, entre otras; escuchándolas, aprendí las primeras pautas de este oficio. Me sabe mal el olvido en el que han caído esos nombres. Interpretad este sincero recuerdo como un modesto reconocimiento. Me gustaba su forma de trabajar y, tal y como he dicho, partí de su propuesta para empezar a evolucionar la transmisión en catalán.

### Hacia el “gran salto”

Han transcurrido más de treinta años. Es difícil que los jóvenes que escuchan hoy cualquier transmisión se hagan una idea de cómo era todo cuando empezamos. Ha cambiado el fútbol (y los clubes), los aficionados (y los oyentes) y la radio (y los formatos). El fútbol, en sus orígenes, era una actividad de *sportmen*. Más tarde, pasó a ser un entretenimiento para los grupos de asociados (cuando nada más empezado el siglo XX, el Barça jugaba “donde podía”, los directivos, jugadores y simpatizantes se afanaban a retirar piedras, eliminar matorrales, nivelar el terreno y marcar las líneas de los solares donde era preciso ir en cada ocasión, tanto si estaba donde Domènech i Muntaner acabó levantando el Hospital de la Santa Creu, como si era aquel terreno perdido de la carretera de Horta donde jugó el Fútbol Club Barcelona hasta que no se trasladó al Eixample barcelonés). A mediados del siglo pasado, el fútbol se había convertido en un significativo fenómeno social. Cuando llegaron los grandes estadios capaces de acoger a multitudes de aficionados, el fútbol ya era un espectáculo. La televisión acentuó esa dimensión hasta convertir la pelota en uno de los más importantes fondos de negocio de la época actual: derechos de imagen, derechos de transmisión, derechos de

20 ORTA, J. M. “Dictadura televisiva de la Champions”. En: *La Vanguardia*, 28 de junio de 2007, Vivir, p. 11.



ubicación en el estadio, derechos para hacer entrevistas, derechos para una lengua, para un territorio, etc. ¿Dónde están los límites?<sup>20</sup> (creo oportuno que nos planteemos si las normas que, de forma progresiva, imponen clubes y federaciones restringiendo el acceso a contenidos y espacios de interés informativo -que son tratados como bienes puramente mercantiles-, además de interferir en el trabajo de los periodistas y la calidad de la información, pueden llegar a cuestionar los derechos esenciales en los sistemas comunicativos de nuestras democracias). Entre tantos derechos, yo echo de menos -ya lo he dicho otras veces- los derechos del receptor. Una especie de derechos civiles de los que no se habla. Los receptores son los espectadores, los socios, las personas. Ahora, los grandes clubes quieren tener muchos socios. Pero proponen que, para tener derecho a entrar al campo, tengan que pagar aparte. Acceden a jugar el partido en horarios variables, decididos por las cadenas de televisión, y si el asociado encuentra la hora fijada inadecuada, libera el asiento y vuelve a pagar para verlo por televisión. Los intermediarios de los derechos, las productoras audiovisuales, los canales de televisión, los propietarios de los clubes que son sociedades anónimas, las federaciones, las asociaciones profesionales, los clubes, los jugadores y sus representantes, los *sponsors*... Todo el mundo debe hacer negocio. Sin embargo, ¿de quién es el fútbol? ¿De los socios? En los grandes clubes, los ingresos por cuota social no superan el veinte o treinta por ciento del conjunto del presupuesto: ¿a quién pertenece el fútbol? Deben ficharse jugadores que, aparte de la calidad, sean mediáticos. Deben tenerse seguidores también en América y en Extremo Oriente. Es decir, es necesario abrir mercados. Ahora, un seguidor es un cliente. Los grandes clubes saben que si no se convierten en un referente de la globalidad dejarán libre un espacio de oportunidad que ocupará el adversario. Sin embargo, ¿quién es el adversario? Para el Barça, hace setenta años, lo era el Espanyol, y después lo fue el Madrid. Pronto lo será quizás el Manchester.

Puede terminar siéndolo un equipo de la NBA, una multinacional de ropa deportiva, un grupo inversor o un *holding* multimedia. Con el aprovechamiento de las nuevas tecnologías, el crecimiento futbolístico ha reventado los esquemas clásicos. Durante la primera mitad del siglo XX, la identificación de los socios y seguidores con los respectivos

clubes se había producido por un principio de proximidad geográfica. En un primer momento, los de Santander eran del Racing, los de Bilbao, del Athletic, y los de Gracia, del Europa. Esa relación fue variando y, coincidiendo con el inicio de las transmisiones de partidos por televisión (altamente responsables también del *boom* de los futbolistas africanos) y la organización de competiciones entre equipos europeos, se produjo el "gran salto": la emergencia de los clubes que llamamos grandes. Entonces se sustantivó una nueva tipología de seguidores. Muchos aficionados optaron por una identificación a distancia que les permitiera -manteniendo en muchos casos la militancia a su club de proximidad- ser también de alguno de los grandes. Ese fenómeno es la semilla que, con el abono de la emigración y las distancias físicas, floreció en la aparición de peñas en lugares cada vez más remotos. Hoy en día éste es un estadio ya superado desde la audaz visión que obligan los excitantes objetivos estratégicos. Ahora debe consolidarse el perfil del club como icono deportivo-económico-mediático de la globalidad. Estamos en el futuro.

Ahora todo ha cambiado. En efecto, todo. Ahora, es un hecho que todas las transmisiones del Barça para Cataluña se hacen en catalán.